

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Palma, 32 dupdo., Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

SEGUNDA SALIDA

Aquí nos tienen ustedes otra vez. Somos los mismos de antes, los mismos *Quijotes* que aún no curados de los golpes—golpes crueles que nos hirieron en el cuerpo y en el alma—nos lanzamos otra vez a la vida pública en busca de aventuras y dispuestos a luchar bravamente en defensa de nuestros ideales (que no son precisamente los de Grilo).

Ya sabemos que la época no es de *Quijotes*, sino de Sanchos, y que saldremos más de una vez descalabrados al pelear contra los poderosos enemigos que hemos de hallar en nuestro camino. Pero eso, ¿qué importa? Tenemos los huesos duros y estamos acostumbrados a toda clase de golpes.

En su «primera salida» Don Quijote sufrió unas noventa denuncias y fué encarcelado más de una vez y más de cuatro. ¡Ya sabemos lo que es la libertad de imprenta!

Don Quijote viene a continuar su historia, es decir, viene a cantar las hazañas de Sagasta y Silvela y de todos cuantos ejercen de salvadores del país desde el presupuesto; viene a ser el «eco» del contribuyente, el «escudo» del industrial, el defensor del padre de familia y el ama seca de todos los españoles que han de verse pronto en calzoncillos si la Providencia no lo remedia (que no lo remediará).

Don Quijote ha de ser el paño de lágrimas de todos los desgraciados, desde Gamazo hasta Mesero (padre), y espera obtener en breve las simpatías de este país (tan heroico como desgraciado), que diría Ferreras.

Y ahora, manos a la obra.

Y el público dirá.

CRÓNICA

En el despacho de Sagasta.

D. Práxedes.—¿Pero qué riquísimo está el café! ¿Verdad, Pablito?

Pablo Cruz.—¡Riquísimo! ¡Como que es legítimo de Puerto Rico!

D. Práxedes.—¿Puerto Rico? ¡Esa no era una de las colonias españolas que perdió en París Montero Ríos?

Pablo Cruz.—Creo que sí.

D. Práxedes.—(Suspirando.) ¡Qué tragedia aquella. En fin, no pensemos en cosas tristes. Dame un cigarro, Pablito.

Pablo Cruz.—Tome usted, de la Habana.

D. Práxedes.—¡La Habana! ¡También la perdimos, verdad? ¡Otro triunfo de Montero Ríos!

Pablo Cruz.—¡Todo lo hemos perdido!

(Momentos de silencio.)

D. Práxedes.—¿Y qué dice *El Correo* de anoche? ¿Cómo está Gamazo?

Pablo Cruz.—Mejor.

D. Práxedes.—¿Qué resistencia tiene ese hombre! Mira, en cambio, nuestro «leal amigo» Mac-Kinley... ¡Y los cautivos, nos los entregan, ¿a qué?

Pablo Cruz.—Almódovar dice que sí.

D. Práxedes.—¿Y qué sabe ese hombre de eso ni de nada? Y los cambios, ¿siguen subiendo?

Pablo Cruz.—Sí, a Dios gracias. Ya están a 43.

D. Práxedes.—Llegaremos al 100 dentro de poco. ¡Claro! Sólo a mí se me ha podido ocurrir hacer ministro a un hombre tan estulto—¡se dice así, Pablito!—como Urzáiz. Ese hombre, por no tener nada en la cabeza, ni siquiera tiene pelo. Mi sobrino Salvador, ¿ese sí que es un hacendista con toda la barba! ¿Weyler, ¿está en Madrid?

Pablo Cruz.—Sí, anoche ha llegado.

D. Práxedes.—¿De paso para dónde? ¡Qué actividad la de D. Valeriano! Yo le admiro. ¿Ves que ahora está en el Ministerio de la Guerra? Pues verás, si nos descuidamos, como dentro de poco está en la Presidencia. Y Canalejas, ¿no ha pronunciado ningún nuevo discurso?

Pablo Cruz.—Sí, en unos juegos florales.

D. Práxedes.—Lo que está trabajando Pepito, digo, «el joven ex ministro demócrata» por llevarse la flor natural. ¡Pero tiene tantos competidores! Ves contando: Moret, uno; Montero, dos; Gamazo, tres; Weyler, cuatro; Vega Armijo, cinco; Garibaldi, seis; D. Tancredo, siete; etc., etc. Vamos, ¿querrás creer que hasta Capdepón aspira a heredarle en la jefatura? Pero se fastidian

todos. ¡Yo estoy decidido a vivir más años que Chestre. Y Alfonso González, ¿prepara alguna nueva circular?

Pablo Cruz.—*El Correo* no dice nada de eso.

D. Práxedes.—Por si acaso avisaremos al Nuncio, para que esté prevenido, no vaya a disgustarnos otra vez. ¡Y cuándo se reúne la ponencia de ministros?

Pablo Cruz.—Uno de estos días.

D. Práxedes.—Yo no sé por qué se han metido esos chicos en ese trabajo. Ganas de perder el tiempo. ¡Mira que reorganizar los servicios a estas alturas! ¡Y vaya unos reorganizadores! Villanueva, Alfonso y Romanones. ¡Tres pies para un banco! (Tarareando.)

Tres eran, tres, las hijas de Elena;

tres eran, tres, y las tres Villanueva.

Y Teverga, ¿sigue durmiendo sobre la reforma del Jurado?

Pablo Cruz.—Eso parece.

D. Práxedes.—Más vale así. (Pausa.) Bueno; supongo que el duque habrá resuelto ya el conflicto de jeiteros y traineros. ¡Y si no, que mande seis de su ganadería!

Pablo Cruz.—Eso sería mejor. Y no me haga usted más preguntas, señor presidente, que voy a ver si acierto la charada de *El Correo*.

D. Práxedes.—Y yo voy a echar mientras tanto una siestecita. (Bostezando.) ¡Y pensar que dentro de poco tendremos que abrir las Cortes y dar por terminadas las «inevitables vacaciones» del estío...!

(Se queda dormido y ronca.)

CIEGOS Y TUERTOS

Una de las señales de los tiempos es la exuberancia de sectas religiosas y de personas que tienen o creen tener dones sobrenaturales. Ya es una señora que cree tener metido el demonio en el cuerpo—como la mujer que en un cuento de Boccaccio metía el diablo en el infierno—, o una chica que ve a la Virgen colgando de unas ramas, o un marido que oye en su alcoba misteriosos ruidos, originados por la entrada de San Marcos que, filtrándose por la pared, como el *Comendador*, va a darle las buenas noches.

El número de los agoreros va en aumento, sobre todo desde que se sabe que tal oficio da buenos dineros a la señorita Couesdon por sus maravillosas profecías de que va a caer un rayo «en una casa que no está muy lejos». Y es tan vehementemente el deseo de saber lo que va a pasar y lo que va a venir, aunque sea el diluvio, que no hay feria sin embaucador, ni fiesta sin gitana, más o menos apócrifa, que diga la buena ventura. Algunos industriales establecen tiendas de milagros y profecías, como pudieran establecer tiendas de ultramarinos.

El número de las religiones va también en aumento. La mayor parte de ellas se practican en secreto, hasta que la policía las descubre por casualidad, y saca a los fieles de un escondrijo en donde se entregaban al culto de venerar a un pato disecado, o al martirio de arrancarse los pelos y comérselos en ensalada.

En los Estados Unidos, que no se quedan atrás en ninguna cosa, el reverendo Beachim ha discurrido el solo una secta que no tiene rival en Europa: la secta de los tuertos.

Hasta ayer se había creído que el ser tuerto era una desgracia; pero ahora resulta que es todo lo contrario, y que el que quiera vivir en gracia de Dios, tiene que sacarse un ojo.

«Para ser buen cristiano hay que ser tuerto», ha dicho el citado Beachim a sus numerosos prosélitos, todos negros del Estado de Nebraska.

No sólo lo ha dicho, sino que lo ha probado; lo ha probado con el Evangelio de San Mateo, capítulo 6, versículo 22.

«Estoy tan convencido de que no se puede servir a Dios sin ser tuerto—dijo el reverendo pastor desde el púlpito de su iglesia—que estoy dispuesto a sacarme un ojo.»

¡Y así! se lo sacó. Luego añadió con unción evangélica y con el ojo en la mano:

«Haced lo que yo. ¡Hacedos tuertos, hermanos míos!»

Y los negros empezaron a cascar los ojos como si fuesen piñones, colocándolos en un altar, de donde fué llevándose el gato de la sacristía.

Ríanse otros de esta extraña aventura. A mí me ha dejado muy serio. Porque la tesis del Padre Beachim coincide con nuestra propia tesis.

La fe es ciega decimos nosotros. Para ser buen cristiano hay que ser tuerto, dice el reverendo pastor. Y en resumen, se saca (a más del ojo) que para tener fe sobran las pupilas, o al menos una, y que es difícil creer cuando se tienen ojos en la cara.

LUIS BONAFoux.

ORACIÓN FÚNEBRE

Yo no creo en la «eternidad» de lo que llamamos amor, pero sí creo en la «eternidad» de lo que llamamos odio. Haine ha dicho: «perdonemos a nuestros enemigos, pero después de ahorcados.» No, padre, el enemigo no es nunca acreedor de perdón, ni antes ni después de la muerte en suplicio. Seamos buenos, seamos generosos con los que nos aman, pero seamos crueles, seamos implacables con los que nos odian.

El sentimiento debe tener también su lógica y debe proceder también con arreglo a razón.

Mac Kinley ha muerto y a su sepulcro no podemos ir ni con lágrimas ni con oraciones. Murió y bien muerto está. Nosotros no debemos llorarle ni casi compadecerle.

Fué nuestro enemigo y no le perdonamos.

Bien muerto está.

CABEZAS

PIDAL

El más poderoso cerebro es un cerrojo, de puro bruto, comparado con esta hermosa figura de lengua barba y ancha calva reluciente.

Ha leído, estudiado y aprendido la *Summa Teológica*, ha fundido en ella su carácter, ha moldeado en ella su vida, y no está tonto ni loco. ¡No hay otro caso! En su prosapia ilustre no se puede buscar el origen de su temperamento, de sus costumbres, de su espíritu intransigente, de su espiritualismo brutalmente soberbio, de su rostro apocalíptico... Se sabe que es hijo de Fulano eminente y sobrino de Zutano insigne y hermano de Perengano noble; pero la sangre de estos próceres no parece pertenecerle... Este hombre debió ser engendrado sobre una página de Santo Tomás, mugrienta y aceitosa por el resobeo de cien legiones de seminaristas... Aceptad, como si perduraran las fábulas del Olimpo, que es hijo de un silogismo escolástico y una apostilla platoniana trabados en milagrosa cópula, y le conoceréis por dentro como si su rostro, pálido siempre, se tornara cristal. La madre vencida puso sólo la labor gestatoria, y el hijo de aquel raro maridaje es un silogismo viviente, un párrafo del *Angel de las Escuelas* hecho hombre mortal y entregado a los vaivenes de la vida.

¡Sólo así puede ser como es!

El estudio de la Teología—según Santos Padres a quienes me guardaré bien de retratar—acerca el hombre a su Creador. Aquellos reverendísimos varones que tal decían no erraban a sabiendas, pero mintieron por efecto de un espejismo, pues el estudio de la Teología, tomado como oficio o como ocupación diaria, coge a Dios, lo arrastra del cielo a la tierra y se lo mete a un filósofo cualquiera bajo las mortales y pecadoras narices, para que teniendo cerca le vea, le remire, el alce las divinas sayas y analice la naturaleza de su carne y la estructura de sus órganos y nos diga cómo es óptimo, cómo es mágico, cómo su magnificencia lo llena todo y todo lo fecunda e ilumina.

Dios, visto a través del microscopio de la Teología, debe parecer muy pequeño; un dios tuteable con el que podemos pasar un rato de *flirteo*; un dios que puede servir de rótulo a un club político y de tapadera a las urnas electorales.

Y así, teniendo a Dios en un puño, y contando con El para decidir el éxito de las terrenales combinaciones, ¿quién no se siente soberbio, y quién será el empecatado que acuse de soberbia a este

hombre que lleva en el bolsillo de la irreproachable levita una póliza de seguro sobre la vida eterna?

Y, sin embargo, es soberbio, soberbio como Satanás; no como este desmedrado, viejo y caduco de ahora, sino como aquél que en el principio de los tiempos se vió hermoso, más hermoso que Dios, y le retó a desusado combate.

Tiene la voz fina, atiplada, chillona, no porque su laringe sea débil para engendrar notas graves y robustas, sino porque sus palabras parecen acero que se os clava en el corazón y os arranca la vida.

Las barbas, las luengas barbas canas que parecen vivas y que es lo más hermoso de su rostro y de su oratoria, que palpitan y gimen y se desatan en furiosas tempestades, como si un corazón se escondiera en ellas, no son suyas; son las barbas, las soberanas barbas de Jehová, arrancadas irrispetuosamente en un versículo mal traducido del Pentateuco.

Cuando hablando en el Congreso o en el círculo, pasiones terrenas atizan la ira en su corazón y hacen manar en sus labios un raudal de palabras, abre y extiende los brazos, como si de ellos colgasen alas de ángel, alza el rostro al cielo, y si de pronto enmudeciera no parecería un luchador por apetitos desordenados, sino un anacoreta que extático oraba pidiendo misericordia.

Y en el Congreso y en el círculo y donde quiera que abre el grifo del abundante tonel de su oratoria, allá van mezclados los santos del calendario con los alcaldes de su región, los obispos que le deben la mitra con los profesores que le deben la cátedra, y los empleados que le deben la credencial, y las monjitas tales y los hermanitos cuales que le deben el convento, porque este amigo particular de la Divina Providencia es dios también, y como Dios hace que los predicadores de su corazón encuentren a la aurora el suelo cubierto de maná...

Y Dios que a los profanos parece grande y a los teólogos muy pequeño—acaba respondiendo de todo y amparándolo todo.

Dios, para enterrar al jefe político muerto y Dios para unir a los que fueron sus enemigos; Dios, para llamar a sus paisanos a las elecciones, para arreglar el encasillado y para defender el acta inhumana llena de mentiras y protestas; Dios, para expulsar a los maestros de las escuelas y las aulas; Dios para quemar libros y denunciar periódicos; Dios, para ser consejero y cobrar de poderosas compañías; Dios, para ser carlista, y Dios para no serlo...

¡Dios excusa, Dios argumento, Dios escalera!

¡Oh, los grandes hombres!

POR SI ACASO

Los señores marqueses de Albatera me perdonarán que haga públicos algunos antecedentes de su familia, que ya son conocidos por muchas personas. Creo que éstos pueden servir de provechosa lección, y en nada merman el prestigio de aquellos aristócratas.

La abuela del actual marqués fué la llamada *Virgen Juana*, que dió a luz siendo doncella. Una enfermedad nerviosa puso a la inocente niña en peligro de muerte; y, aunque apenas podía hablar, confesó con un sacerdote de Elda que fué llamado precipitadamente al castillo de los Albatera. Dios hizo un milagro, y la joven sanó. Nueve meses después daba a luz una preciosa criatura, que llevó el nombre de María Milagrosa, y que es la madre del actual marqués y de su hermano de éste, el célebre D. Enrique.

D. Enrique era un demente notable, a quien conocí cuando fuimos Mr. Longeye y yo a continuar la explotación de una mina de galena argentífera, propia del marqués y que estuvo anegada y abandonada algunos años; D. Enrique, caballero cumplidísimo y uno de nuestros diplomáticos más elegantes, se volvió loco y anarquista al mismo tiempo, y fué necesario recluírle, con relativa libertad, en el citado castillo, donde nos acompañaba galantemente a Longeye y a mí cuando descansábamos de nuestras tareas de campo.

Una tarde, excitado D. Enrique por la temperatura primaveral, nos habló de su mamá.

DON QUIJOTE



Indemnización y satisfacción.



El Nuncio.—Y del Concordato, ¿qué?
Pidal.—Pues del Concordato... ¡ná!



¡A Zaragoza ó á la M!



—¡Malegro de verte güeno!



...Y sigue la lenta pero continuada invasión de las órdenes religiosas.



Solución para el conflicto de jeiteros y traineros: echarles un Veragua.



Ella.—¡Ah, mon petit cochon!...



No hay miedo; ninguno de los dos está armado.

Ayuntamiento de Madrid

—He visto dos casos, nos contaba accionando rápidamente: uno, el de un fraile; el otro, el de un capitán de un instituto distinguidísimo. El fraile había sido soberbio para con el maestro de novicios, y se negaba á pedirle perdón: le encerraron en una celda con un crucifijo y un Kempis; le daban pan y agua por un ventanillo de la puerta; y, á media noche, la comunidad rezaba ante el encierro el Oficio de difuntos: al cuarto día sucumbió la altivez del fraile y pidió perdón humildemente. El capitán había hecho fulleras en el juego, y sus compañeros le encerraron en el cuarto de banderas con un revólver bien cargado; á los cinco minutos el capitán se había deshecho el cráneo.

Pues bien; yo le he dicho á la sociedad: eres maldita porque no has llegado á producir la felicidad de un solo hombre; ahí te quedas encerrada entre los círculos polares; humíllate como el fraile, ó perece como el capitán.

—Y ¿no ha hecho nada?

—Hasta ahora no; pero yo espero.

¡Pobre D. Enrique!

Algún tiempo después volvimos al castillo, y Longeye, deseoso de curar ó de calmar al diplomático, le dijo á éste:

—Nos ha ocurrido un suceso que puede cambiar sus opiniones de usted.

—¿Qué es ello?

—Nos faltaba un cristal de color de la pantómetra, y sospechando que lo hubiese hurtado el muchacho que trabaja en el taller de recomposiciones, le hicimos bajar á uno de los pozos, advirtiéndole al mozo que no saldría hasta que el cristal hubiese parecido: éste era un procedimiento análogo á los empleados con el fraile y con el capitán.

—Efectivamente; y ¿qué pasó?

—En vista de que el muchacho no llamaba, bajó á buscarle un capataz, y le halló dormido.

—¿Tiene gracia!

—Pues bien, ¿no será posible que esa sociedad, que usted maldice, sea tan inocente como el muchacho, y esté durmiendo?

—No lo niego; pero será preciso despertarla.

—Déjela usted que descansa; harto ha padecido. D. Enrique se quedó meditando, y al cabo de unos instantes dijo á Longeye:

—Por mí, puede dormir, pero donde no haya curas: no sea que le pase lo mismo que á mi abuela.

SILVERIO LANZA.

POETAS MODERNISTAS

(RUBÉN DARÍO)

SINFONÍA EN GRIS MAYOR

El mar como un vasto cristal azogado
Refleja la lámina de un cielo de cinc;
Lejanas bandadas de pájaros manchan
El fondo bruñido de pálido gris.

El sol como un vidrio redondo y opaco
Con paso de enfermo camina al cenit;
El viento marina descansa en la sombra
Teniendo de almohada su negro clarín.

Las ondas que mueven su vientre de plomo
Debajo del muelle parecen gemir,
Sentado en un cable, fumando su pipa,
Está un marinero pensando en las playas
De un vago, lejano, brumoso país.

Es viejo ese lobo. Tostaron su cara
Los rayos de fuego del sol del Brasil;
Los recios tifones del mar de la China
Le han visto bebiendo su frasco de gin.

La espuma impregnada de yodo y salitre
Ha tiempo conoce su roja nariz,
Sus crespos cabellos, sus bíceps de atleta,
Su gorra de lana, su blusa de dril.

En medio del humo que forma el tabaco
Ve el viejo el lejano, brumoso país,
A donde una tarde caliente y dorada
Tendidas las velas partió el bergantín...

La siesta del trópico. El lobo se aduerme.
Ya todo lo envuelve la gama del gris.
Parece que un suave y enorme esfumino
Del curvo horizonte borra el confín.

La siesta del trópico. La vieja cigarra
Ensayá su ronca guitarra senil,
Y el grillo preludia su solo monótono
En la única cuerda que está en su violín.

OPOSICIONES

Vacantes algunas plazas de recaudador de contribuciones, el Gobierno piensa sacarlas á oposición.

Ya se han publicado los programas que nosotros reproducimos á continuación, por si alguno de nuestros lectores aspira á uno de esos simpáticos cargos, cosa que dudamos.

Las oposiciones constarán de seis ejercicios, y las materias que se exigen son las siguientes:

Primer ejercicio.

Gramática castellana.—Gramática parda.—Dialectos. Intersecciones fuertes en todos los idiomas. Trozos clásicos.—Lectura y comprensión de nuestras novelas picarescas.

Segundo ejercicio.

Gimnasia higiénica.—Esgrima de sable.—Esgrima de palo.—Boxeo.—Manejo de la honda.—Carrera de obstáculos.—Marchas forzadas, y saltos de altura.

Tercer ejercicio.

Manejo de la llave, del llavín, de la ganzúa y de la palanqueta.—Descerrajamiento de cajones, armarios, *boureaux* y muebles análogos.—Ascensión por escaleras de caracol.—Maneras de entrar por el montante de la puerta.—Diferentes modos de salir por el balcón y por la ventana.

Cuarto ejercicio.

Urbanidad.—Formas de presentarse en sociedad... comercial.—Interrogatorio de preguntas al dueño, á la dueña, al encargado y á los dependientes.—Ejercicios de resignación cristiana.—Explicación del *Kempis* ó la *Imitación de Cristo*.

Quinto ejercicio.

Diferentes maneras de cobro.—Por amabilidad, Por razonamientos.—Por la persuasión.—Por altermados.—Por criadillas.—A viva voz.—A viva fuerza.—Someras nociones del arte de aprovechar las sobras.

Sexto ejercicio.

Medicina y cirugía prácticas.—Chichones.—Palos.—Petradas.—Modo de ponerse la venda.—Empleo del árnica.—Definición de los insultos.—Reconocimiento de las materias fecales.

Los aspirantes habrán de presentar sus solicitudes en papel de estraza, y con la natural ortografía, antes del 30 del presente mes, acompañando los documentos que acrediten su personalidad, dándoseles una chapa con el número que por clasificación les corresponda.

ANÉCDOTAS POLÍTICAS

(Arregladas libremente.)

Villanueva á uno de sus amigos:

—Figúrate cuál sería mi disgusto. Ayer, al volver á casa, encuentro al hijo de una de mis vecinas, niño de tres años, ocupado en romper los proyectos de la penencia.

El amigo con tono irónico:

—¿Pero ya sabe leer esa criatura?

—Chica, han llamado, corre á ver quién es.

Un instante después vuelve la criada.

—Señora, es el doctor Pulido.

—Pues dile que no puedo recibirle porque estoy enferma.

El conde de Romanones, cuya generosidad es proverbial, despide á un amigo que ha ido á visitarle.

Está lloviendo á cántaros y el amigo para defenderse del agua, tan sólo ha traído un «mal» bastón.

Romanones muy amablemente:

—Yo le prestaría á usted mi paraguas; pero no tengo más que uno... y está completamente nuevo. Siento de veras que se vaya usted á poner hecho una sopa.

Sagasta visita á Urzáiz, que, por hallarse enfermo, no ha asistido á una de esas divertidas reuniones que pomposamente llaman los periódicos «Consejo de ministros».

—He venido —dice— porque creí que su enfermedad era uno de tantos pretextos para no asistir al Consejo y evitarse un nuevo disgusto con Weyler; pero veo con satisfacción que está usted realmente enfermo.

Capdepón, miembro de una sociedad contra el abuso del tabaco (y por qué no contra los abusos de la Tabacalera?) lee la noticia de la muerte de un industrial de Alcoy.

—Aquí tiene usted —dice á un su amigo— un triste efecto del tabaco.

—¿Cómo del tabaco?

—Sí, este pobre industrial era fabricante de papel de fumar.

Diálogo entre Polavieja y Primo de Rivera:

—¿Conoce usted el miedo?

—¡Vaya una pregunta! ¡El miedo! ¡No sólo que es eso!

—¿No le asustan á usted tampoco las tormentas?

—¡Qué me han de asustar! Un día, en Manila, cayó un rayo á mis pies y me bajé á recogerlo.

—Lo mismo hubiera hecho yo en su caso.

—¿Como que somos dos valientes!

—¡Y si no que lo diga Aguinaldo!

DE MIS RECUERDOS

KRUGER

¡Qué satisfacción poder decir: «Yo he visto á Kruger, yo he saludado al viejo león del Transvaal!»

Casi me dan ganas, en la candidez de mi entusiasmo, de recordar la frase de aquel soldado de las huestes de Napoleón que, herido mortalmente en el campo de batalla, gritaba: «¡Muero contento porque he visto de cerca al emperador!»

Fué allá á fines del pasado Noviembre cuando Kruger hizo su entrada *triumfal* en París. Sí, *triumfal*; repito la palabra.

La *gare* del Norte había sido invadida por la multitud desde las primeras horas de la mañana. ¡Y qué entusiasmo el de aquellos generosos parisienses! Para hacer tiempo y distraer la impaciencia se había anticipado la ovación y se gritaba:

—¡Viva Kruger! ¡Vivan los boers!

Diéron las diez. Llegaba el momento solemne. La multitud, anhelante, cesó de gritar. Se oía ya cercano el silbido de la locomotora. Entonces comenzaron de nuevo las aclamaciones:

—¡Viva el *tío Pablo*! ¡Vivan los pueblos libres!

El tren entró rápido como una flecha y se detuvo de improviso, ennegreciendo el andén con negros espumarajos de humo...

De pie en el vagón, la cabeza descubierta, la cara sonriente, se nos apareció al fin el presidente Kruger, rodeado de sus consejeros y amigos.

¡Qué admirable ejemplar humano el viejo *tío Pablo*!

Alto, muy alto, gigantesco; de anchos hombros y recias espaldas; la cabeza enorme—digna cabeza de tal cuerpo!—los ojos ensangrentados, de mirada triste; la boca de labios caídos y expresión desdenosa; la barba recia, blanca á trechos; la nariz deforme...

¡Pero qué expresión de abatimiento y de tristeza en todo su ser! ¡Cómo se ve que le pesa ya la vida al buen anciano! Sus espaldas se han encorvado, su cabeza se inclina obstinadamente hacia el suelo, sus manos tiemblan con la debilidad de la senectud, sus piernas han perdido ya la agilidad y la fuerza, y sus ojos irritados, siempre húmedos, parecen llorar sangre... ¡Es un viejo roble, que se viene abajo herido por el rayo!

Su traje era digno de la caricatura. No, no es un elegante como Chamberlain, el buen Kruger.

Su americana es demasiado ancha; su largo gabán, deslucido por el uso, es de un paño ordinario y feo; sus enormes zapatos de cuero recuerdan los del gigante, del cuento que servían para andar mil leguas por hora...

¡Pues y su célebre sombrero de copa! No hay un ejemplar semejante en el mundo; es un sombrero único. Dentro de él, en su inmenso fondo, podría caber todo el imperio británico, y dentro de él cabe la gran cabeza de Kruger.

El gran anciano no lleva orquideas raras en el ojal de la americana, ni usa monóculo, ni se riza el pelo, ni se afemina el rostro con esos mejunjes de tocador que usan las mujeres averiadas.

Es un hombre sencillo, un hombre de la naturaleza, de espíritu sano, de inteligencia fuerte, de voluntad de hierro; un poco salvaje por fuera, ¡pero qué bueno y qué civilizado por dentro!

Viéndole, estudiando su fisonomía, se comprende cómo no se han rendido aún los boers ante las legiones británicas; cómo no se han rendido y cómo no se rendirán.

A pesar de su debilidad física, producida por los años y por los sufrimientos, hay en el viejo presidente del Transvaal un no sé qué de fuerza extraordinaria que atemoriza y subyuga al mismo tiempo.

Se ve que ese hombre es una voluntad omnipotente, todopoderosa, sobrehumana, capaz de vencer los mayores obstáculos; capaz de vencer los mayores imposibles.

Había que oírlo, dirigiéndose á la multitud. Su voz dura, de tonos opacos, sonaba amenazadora y solemne:

«Nous ne nous rendrons jamais.»

Y había una tal expresión de verdad en su cara al pronunciar estas palabras, que todos quedamos convencidos de que aquel hombre, al afirmar lo que afirmaba, no mentía.

«Nosotros no nos rendiremos jamás.»

¡Frase digna de César ó de Napoleón!

La guerra del Transvaal «ha pasado de moda». ¡Quién se acuerda ya de Kruger! Solo, abandonado de todos, ha buscado un refugio en Holanda donde morir.

¡Oh! Si las grandes potencias europeas fuesen humanas, todavía podríamos decir al ilustre anciano:

—¡Viejo «papá» Kruger, las simpatías del mundo están contigo; haz que la voz de la razón y de la justicia sea oída y que termine pronto la cruenta lucha, reconociendo Inglaterra la independencia de las repúblicas del Transvaal y del Orange.

MIGUEL SAWA.

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

Queréis ser fuertes como un roble ó como un Barrero? ¡Pues tomad el *Vino tónico Madariaga*! Plaza de la Independencia, núm. 10, Madrid.

Última frase de Mac-Kinley: ¡Qué tristeza! ¡Morir sin haber probado los chocolates de Matías López!

Telegrama de París: El presidente de la República M. Loubet ha tenido la delicada atención de regalar á la zarina una preciosa *Madriaga Singer*, adquirida en los grandes almacenes de Madrid. Montera, 18.

La hora de la felicidad sólo la señalan los relojes de Carlos Coppel, Fuencarral, 25 y 27.

Todos los grandes filósofos nos lo han aconsejado: Aseguraos la vida en *La Equitativa* de los Estados Unidos. Sevilla, 13.

Que por qué tengo tanto tupé? Porque me frotó el pelo con el *Petróleo Gal*.—Sagasta.

Sabéis cuál es el elixir de vida recomendado por el propio Hipócrates? Pues el *Glóbulo Rojo* de D. Avelino Ruiz-Capillas, Santiago, 2, Madrid.

Para tener un hogar confortable hay que comprar muebles en *La Confianza*, Luna, 11.

La música domestica hasta á las suegras. Pianos á plazos, Montera, 20, primero.

Dinero! Palabra mágica! Pues *La Proveedor*, Infantas, 23, primero, lo presta en admirables condiciones á los comerciantes. ¡Felices ellos!

No hay cuerpo sano sin el agua de Loeches (depósito Jardines, 15), según declaran desde el doctor Rubio al doctor Moreno.

Aseguran que la forma poética está llamada á desaparecer. ¡Insensatos! ¡Mientras existan los chocolates de la *Compañía Colonial*...

Rindamos culto á la industria nacional saludando á D. R. Vallejo, mueblista, no ya excelente, sino hasta excelentísimo. ¡Eso es arte, y lo demás... Grilo! Alcalá, 17.

Dicen que Pérez Galdós se limpió el estómago con *Agua de Carabaña* antes de escribir *Electra*. ¡Era de presumir!—Depósito, drogueria de R. Chávarri, plaza de Antón Martín.

Mira si soy buen gitano que me he comprado una capa en casa de *Trevijano*. San Felipe Neri, 1.

Dios mío qué sería de nosotros los que no contamos con medios de fortuna si no existiese el *Palacio de ventas de muebles*, Leganitos, 37!

Dónde está la salvación del cuerpo? ¿Dónde está la salvación del alma? *Farmacia del doctor Garrido*, Luna, 6.

Clases Pasivas, Caballero de Gracia, 15. La casa más formal y más acreditada de Madrid. Viudas, huérfanas, jubilados. ¡Sus y á ella!

¿Qué sería de la pobre Humanidad si no se hubiese inventado *La jaja eléctrica*? Carretas, 18.

Mé rio yo del néctar de los dioses! Para néctar el *Champagne Codorniu*. Dirigirse á D. Jaime Raventós, Peligros, 14 y 16.

Cuando yo me muera, que se encargue de mi entierro. *La Funeraria*, Preciados, 20. (Última frase que suelen pronunciar todos los grandes hombres.)

Proverbio chino: Visita el *Hotel de Ventas*, si quieres á tu parienta. Atocha, 34.

Si queréis que vuestro cuerpo halle el apetecido descanso, si queréis dormir bien, comprad una cama en el *Gran Bazar de Londres*, Atocha, 32.

Sanatorio del Pilar. Para enfermedades nerviosas y mentales. Pilar, 15 (Guindalera). Pensiones de 5, 8 y 12 pesetas. Pidanse reglamentos al director doctor Sánchez Herrero, Alcalá, 4, 1.º

Sabéis dónde compra sus magníficas sombrillas, sus admirables paraguas y sus espléndidos abanicos el emperador de la China? Pues en la casa de *M. de Diego*, Puerta del Sol, 13.

Aviso á las personas de buen gusto. —La *Bodega del Jalón* se ha trasladado á la calle del Caballero de Gracia, 56. Gritemos todos, y yo el primero: ¡Viva el vino Valgañón!

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas.

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.